

No sin antes

No sin antes/ María Lanese
–1ª ed. Buenos Aires, 2017–

ISBN 978-987-1586-98-1

© María Lanese
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
www.huesosdejibia.blogspot.com.es
www.facebook.com/editorial.hdj
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo
Imagen de tapas: © Emilio Torti
“Ésta es la realidad que no podrás tocar
con la punta de tus dedos”. Arte digital.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

MARÍA LANESE
No sin antes

*a Jona y Tobías Burghardt,
por revelarme este camino*

a Zlatko Krasni, in memoriam

*Y mis manos entran en las bocas y en los
agujeros
y se llenan de silencio.*

ALEJANDRO PIDELLO

Yo, Tú, Él, Trino y uno

El hijo
segunda persona
de la santísima trinidad.

La primera
el padre.

La tercera
el espíritu santo
fecundador de María
madre siempre virgen.

El hijo
víctima sacrificial
de un dios sin nombre
ni rostro.

ENTRAR

I

Percibir en la oscuridad del presente esta luz que busca alcanzarnos y no puede hacerlo, ello significa ser contemporáneos.

GIORGIO AGAMBEN

¿Tendremos en esta oscuridad
algún lugar?
¿Podrá visitarnos en esta oscuridad
algún vislumbre?

¿Serán los mismos huesos
los que brillen
cuando hayamos
recuperado los espejos?

Males de otros tiempos
sentencian los del porvenir
son los que no dejan de ulular
en los resquicios del quebranto.

¿Serán los días por venir
los que descifren
cuál fue la advertencia
desviada de su intento?

¿Serán los peces en la red
los que presienten el fin
mientras el agua
todavía los contiene?

No podemos saberlo
no todo saber proviene de las sales
también la oscuridad presume
de albergar los designios de la luz.

¿Cómo podría alcanzarnos
en un mundo irredimible
dispuesto a ignorar
lo que la noche no olvida?

Sería incapaz de encontrarnos
inundados, sumergidos, complacientes
como estamos con esta era vulgar
de amañada, artificiosa incandescencia.

II

Secuaces bíblicos orientados por la usura de señales imprecisas, escribieron relatos de masacres, describen ruinas, cataclismos, escarnio, sacrificios. Escala también interminable, es la de las amenazas proferidas por voces que ahondan su emisión atronadora, estallando entre promesas e indulgencias que no alcanzan.

Cuando caen los opúsculos vencidos, deberíamos tornar a los oficios del labriego, vertebrar argumentos tardíos en amaneceres arduos, velar historias desaparejas e inútiles, tensando inadvertidos puentes con arterias desechadas. Deberíamos desoír esos baluartes más propicios a la heráldica que al legado de las letras, propensos al desastre, desmedidos, extrañados de nosotros.

Colgados de una lengua meteórica, fibrilan impasibles sus dones, inmarcesibles, anhelantes, esperanzados amarantos proclives a la huida.

Tiempos serán quizás de dejarse hablar, templar la voz y la mirada en alguna olvidada cornucopia.

III

Así es como los cernícalos acomodan sus percances en los brezos. Nunca saben dónde encontrar espacios de aire renovado. No desean solo tibieza, también gustan del áspero rumor de los dramas del ocaso. Pero no desisten de entrar en veranos opulentos, en perdidas causas de amores incautos y velados, o en aguas tersas que serán oficiosas cadencias de marismas encendidas para que madure el canto.

En un espacio antiguo, heredero de las zonas más intensas, se vislumbran alquimias errantes y pálpitos de demoradas rosas. No saber por dónde vienen los densos canales cargados de alezo, permite entrar en cualquier estancia, donde una amigable ventisca agita sin cesar las dudas.

Los preámbulos estorban.

Dechados de fervor se anudan en los deseos más íntimos, consuelos afectados y tristes donde las penas herbecen en invierno y donde se retuercen espesos mantos que dispensan ausencias.

AH! causales del arraigo y del terruño! Infausto avispero de razones que no encuentran su sitio.

Emigrar, dejarse ir, morir en vuelo o caer a la presa.

IV

¿Serán cuatro los que de nuevo se sienten a la mesa de los testimonios?

Dos en un costado mediante sillas giratorias, verán pasar las mariposas más radiantes del verano, los otros contarán sus ratos por venir y demandarán a los ausentes por no acudir a la cita.

Ajenos al balanceo de las puertas, que abren y cierran circunstancias, meditarán en silencio sus pareceres.

Solo se escuchará el canto de dos grillos tardíos, unas cigarras desprevenidas aumentarán la intensidad de sus augurios.

Nadie en los alrededores.

Silbará un viento atenuado por las ramas de los sauces, que ni siquiera lloran.

El agua del pozo, no denotará alegría ni tristeza, solo querrá esparcir de vez en cuando su frescor si alguna frente honesta se asoma al brocal y canta algunas viejas estrofas olvidadas.

Detrás de las puertas, para evitar el asalto, hace falta siempre algún aviso del graznido con el que los rapaces visionarios, anuncian su llegada triunfal cuando nadie los espera.

¿Será un sueño de estío? ¿Serán fantasmas que de nuevo dictarán melodías alegóricas? ¿Serán notas graves, proféticas, o hábitos franciscanos que retornan y... retornan y... retornan?

Nunca sabremos de qué modo las edades componen, cada ciertos intervalos, furiosas melopeas.

Dejarse hablar, escuchar en silencio, con eso basta, por ahora.

V

Aunque tratemos de tener una visión esférica y prolífica de los condenados, si lo que circunda los agujeros del mundo son pétalos marchitos, médanos de bruma y esqueletos devastados, sus dudosas sienes podrán ser enarcadas con la ira más abyecta y sus voluntades, sometidas y apartadas de su fuerza y de sus fines, conducirán sus miradas hacia un destino fatalmente violento.

Si encaramados al poder se ensoberbecen raudos rostros de piedra desabidos, ambiguos, rastreros, embutidos dentro de cada uno de sus fueros, o erguidos como mástiles de las banderas pisoteadas a las que les fueron fieles, haciendo coincidir en asambleas ficticias los fracasos negados, y la falsa adhesión a nobles causas, estaremos en medio de las tinieblas de la infamia, en medio de aquello que no vemos ni con los ojos bien abiertos.

Tiempos remotos hubo, de dioses múltiples e imperfectos pero conscientes de nuestra medida.

Desde que un único dios recóndito, opaca las escenas de nuestras esperanzas, solo podemos imaginar una salida, alcanzar la eternidad, para quedar extasiados deseando contemplar su rostro inexistente y confirmar con pudor su extremada lejanía.

De eso son testigos nuestros días, las calles indolentes

dispersas

y erráticas

del presente.

VI

¡Y qué decir de las tardes aciagas!

Las fieras que persisten en su estado salvaje, quizás ensayen alguna mansedumbre. Ya no habrá más resquicios, ya cercenaron los pasajes habitables, las tensiones de extenuantes y merecidos refugios.

Las noches sobrevienen sin descanso en pleno día y ya no hay modo de que algún resabio de claridad insinúe algún pasadizo silencioso. Los referentes se acodan en rincones imperfectos. Las huellas que antaño guiaban, se han convertido en raros signos, débiles estrías que rehúsan abarcar nuevos circuitos, allí, donde los límites proponen otras andaduras. Rastros solazados en vericuetos inútiles, más que genuinas intenciones, esbozan entredichos que no conservan del decir ni su figura ni sus trazos.

Quizás se trate de usar esta maquinaria sensible, extraña y enigmática para propender a razones imprecisas, esperar una nueva oleada de memorias que conecten sin ninguna intención anticipada los incordios, y dejar que se revelen las incidencias de la luz en los innumerables huecos siempre abiertos.

VII

Gruesas paredes nos alertan, manos erosionadas
escarban sin descanso ni objetivos.

Gestos abiertos que concentran rezos, campos desiertos
en medio de las charcas.

Arden también los pastizales ambiguos y medrosos.

¿Para quién tanta ilusión de porvenir cuando nada augura algún
porvenir posible, más que la brutal y entreabierta herida que
la tierra renueva y recuerda, cada vez que expulsa de su seno y
desvía de su cauce algún destino venturoso?

Voces raramente conocidas, modulan la extinción de lo
cercano, continuas y ajenas como el hálito exasperado de alguna
boca moribunda, se alejan ostentando sus vínculos fallidos e
ilusorios.

Habrà que dar a las partes en conflicto proporciones
más precisas, para que con ellas puedan orientar los designios,
de tal modo que encaminen con esmero y delicadeza el radar de
los talentos.

Habrà que versificar algún atisbo con belleza, habrá que
relabrar algún futuro, y dejar que el pasado vuelva a abrir sus
signos y enmiende los deseos.

De todos los males hay uno imperdonable, dejarse
hablar y no escucharse.

VIII

¿Daremos la razón a los aviesos? ¿Tendremos que aceptar que las cosas son según sus perspectivas? Solo ofrecen especulaciones, prebendas, cálculos, y sus desgraciadas y aledañas consecuencias, versiones del yugo y la indecencia que consiguen doblegar multiplicando las esquivas.

Son tiempos de armarnos y no atinamos.

Es necesario que los sentidos no enmascaren espurias intenciones. Es tiempo de machacar hasta el hartazgo para que alguna supuración muestre el horror que esconden las delicadas envolturas, para que queden en evidencia sin demora, los mecanismos encantados que seducen a las víctimas.

En el camino prosperan tambaleando los perdidos, los que esperan detrás de los muros de cartón la lluvia y los oprobios.

¡Cuándo levantarán en alto sus atados quejumbrosos, su hacienda mínima!

¡Cuándo podrán abandonar su triste saga de ruegos inútiles!

La humanidad está alcanzando los grados de ferocidad que requieren los finales, pero este final está resultando interminable.

IX

Según el decir de Samuel Beckett

—que comparto—

son imprecisas, vida y muerte.

Entonces

los que por turnos ostentan el poder
centrados en posibles causas

de vida y de muerte

¿dirán
que de acuerdo
a su saber

se vive?

¿decidirán que otros

deben morir

por si acaso?

X

¿Será éste el momento de acomodarnos en los escalones
imprevistos y desnudar las últimas secuelas de devenires
deshonrosos, descubrir por los señuelos, la oscilación del
sortilegio,

su órbita infinita?

Habrá que acompasarse según un aire nuevo

blandir

asumir

borbotar el retoño

como un destino irrenunciable

para que no entenebrezca

en nuestras manos.

(De diciembre de 2016 a mayo de 2017)

MIGRANTES

*Quiero agradecer a Fernanda Rege por sus
imágenes, por el impulso.*

I

*“La angustia, el miedo más grande de mi vida lo sentí,
cuando bajé del barco.
Toda esa gente hablaba en un idioma
que yo pensé que jamás podría entender”.*

(Elena, mi madre, llegando conmigo a Buenos Aires, 1949)

También nosotros partíamos,
como lo hicieron otros
antes.

También otros partieron
después
de nosotros.

Ahora
¡tantos!

Algo profundamente nuestro
quedaba vivo y solo
siempre en otra parte.

II

“No queremos ir a Europa. Sólo paren la guerra”.

(Masalemehi, sirio, trece años, 2015)

Ninguno pregunta.

Nadie les pregunta.

En cuestión de segundos

“Todos somos ellos”.

Si todos somos lo mismo
nadie es alguien

en particular.

Si somos todos los que estamos
no hay lugar para nadie más.

No les queda más que inexistir.

Nos fuimos habituando
acomodándonos

zigzagueando

entre consignas macizas

disimulando la voracidad

en estas fauces de cemento

agitando banderas como autómatas

hasta vaciar

las más nobles causas

y no terminan de hartarnos

los excesos.

III

Las llaves del reino
no caen del cielo
tampoco suben al cielo
tienden hilos rojos
son intensas redes de sangre y llanto
a merced de la codicia y el ultraje.

La desesperanza tramitando asilo
trajina por un mar
que devora los panes y los peces.

La muerte acompaña
trashumante
en las barcazas silenciosas.

Allí también está la vida
pero es una promesa
amenazada.

IV

La felicidad
es el canto del gallo
en los caseríos apacibles
de los montes
es la ropa
impregnada
de humo eterno
en las estepas
la mirada punzante del zahorí
en el desierto
algunos atardeceres
en la planicie son
a veces la felicidad
el silencio de los templos
el amor inesperado
el rumor de las acacias
diferente al roce de las espigas

la idea de infinito

el agua rodando entre las piedras
las aspas del molino
el viento entre las crines

el mar de lejos

la deriva en las páginas
espesas
de los libros.

La felicidad
es una palabra
difícil de pronunciar
en las lenguas dominantes

V

Hay personas
que iluminan el camino

Otras que a su paso
encienden las ventanas.

Otras solo ansían algún camino
ésas
nos llaman a silencio.

(Octubre de 2016. Rosario, Argentina)

Poner en movimiento la palabra cuando perdida en la suerte garabatea letras^{1 2}

María de Ripalimosani es el primer movimiento de la palabra en este libro para perderse en la suerte. Para construir galeones fantasmagóricos donde se pasean con absoluta equidad Yo, Tú, Él, el mismísimo espíritu fecundador. O para construir cargueros mercantes que desparramaban niñitas y niñitos destinados a fecundar la palabra en latitudes diferentes, o sea volverse futuros poetas originarios de, originarios **de** u originarios *de*. Así llegó a la Argentina María Lanese de Ripalimosani (Italia). Ahora pasado un relativo tiempo, es normal entonces, que escriba sobre los dioses, trinos y uno, y sobre los migrantes. Eso fue lo que hizo en este libro que ustedes tienen en sus manos: *No sin antes*. Un antes que incluye la técnica de visión para abordar un presente de visiones de la poeta desde el lenguaje y desde la vida, en la primer parte. Y un antes —que también se universaliza cuando el migrante fue uno, fueron otros y serán muchos otros— que se desarrolla en la segunda parte.

*Barco de peltre, acero o cucurucho,
mole de mundo,
cargado de niñez, hombres y tumbos,
arribaste.*³

En el decir poético, como dijo Stéphane Mallarmé⁴, “nos sorprende el hecho de escuchar un fragmento tan habitual de la lengua al mismo tiempo que el objeto nombrado se baña en una nueva atmósfera”.

Eso pasa cuando la *oscuridad* se nombra en el poema I, y aparece el profundo sentido de la ausencia de luz. Y después, cuando el infinito destino de los huesos se vuelve objetivo de

1 *Vamos de nuevo* (Tango 03'00”), música: Omar Torres; letra: Miguel Jubany. Interpretado por María Lanese.

2 Frontier A.: *La Poésie*, Belin, París, 1992.

3 Grinbaum C.: Llegaste, en *Inmolación*, El grillo, Buenos Aires, 2002.

4 Mallarmé S.: *Vers et prose*. Perrin et Cia., París. 1922.

un destino y se plantea en forma de pregunta: *¿Serán los mismos huesos/ los que brillen/ cuando hayamos/ recuperado los espejos?* Los personajes bíblicos pueden volverse *secuaces bíblicos* para discurrir en *señales imprecisas* que le sugieren al texto que se vuelva consejero: *dejarse hablar* (repetido tres veces en distintos poemas de la primera parte, quizá para llevar el texto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo), o más adelante: *dejarse ir*. ¿Hacia dónde? Se propone un cuerno mítico de la abundancia (dice la poeta: *la mirada en alguna olvidada cornucopia*); al fin un cuerno de optimismo tan viejo como los griegos de Zeus en el siglo V antes de Cristo. O sea: retomar viejas recetas.

En este garabateo, juego o entretenimiento⁵ los textos de la primera parte del libro se construyen con los procedimientos de la prosa poética de Aloysius Bertrand y de Baudelaire. Y se martillan ciertos principios para el buen orden humano. Y probablemente por eso dice María Lanese: *Nunca sabremos de qué modo las edades componen, cada cierto intervalo, furiosas melopeas.*

Entre el *dejarse hablar* y el *dejarse ir*, *están tambaleando los perdidos, los que esperan detrás de los muros de cartón la lluvia y los oprobios.* Acá se juntan los hilos que conducen las dos partes del poemario. Porque entre esos perdidos pueden aparecer los migrantes, sobre los cuales dice en la segunda parte del libro: *no les queda más que inexistir...* Las migraciones de seres humanos se estudian tanto por la demografía como por la geografía de la población. Y se humanizan en la voz de los poetas. Muchos poetas hablaron de los migrantes y dijeron cosas como ésta: “No señor. En mis antepasados no hay diabéticos, hipertensos, cardíacos ¿Cómo explicarle? De cada diez antepasados míos, uno moría en las revoluciones, otro en las cámaras de gas/ y cuatro o cinco de melancolía”⁶. Para ellos, *las llaves del reino/ no caen del cielo/ tampoco suben al cielo.* A esta segunda parte, María Lanese la termina a la manera de un conocido poema de Bertolt Brecht, dejando una sensación de tranquilidad: *Hay personas que iluminan el camino/ Otras.../ Otras...*

⁵ “El arte, cuando es bueno, es siempre entretenimiento” (Bertolt Brecht).
⁶ Sifrim M.: XXXI, en *Novela familiar*, Ediciones Último Reino, Buenos Aires, 1990, p. 27.

En este libro, por momentos (o por poemas) las palabras se espacian sobre el papel, marcando con el blanco que son *imprecisas, vida y muerte*. Esto pasa en el poema IX y X del final de la primera parte (con la invocación de Samuel Beckett), y en los poemas sobre los migrantes. Y con esta música sobre el papel vacío que la blancura defiende⁷ María Lanese de Ripalimosani termina su mensaje de poesía, de ternura y de acompañamiento sobre el fervor y sobre la persistencia humana, en los tiempos que corrieron y correrán. Todo hablado con el sentir personal del tiempo que corre.

Alejandro Pidello

⁷ *Sur le vide papier que la blancheur défend*, ref. 4.

Últimos títulos publicados

Gabriela Larralde
Lo que el agua promete

Piero De Vicari
El ornitólogo de Vía Appia

Celia Caturelli
91 meditaciones

Gabriel Francini
El sueño de la nada

Silvia Camuña
Tumba do

Diana Danessa
Donde haya lugar

J.R. Wilcock
Italianisches Liederbuch
(segunda edición)

Colección La falena (otras narrativas)

Patricia Cuaranta
La calle del silencio

Óscar Martín
Abismo

Colección Ensayo

Elena Tardonato Faliere
Presencia del canon dantesco en la literatura de lengua inglesa del siglo XX

Eduardo Balestena
Las formas inaccesibles

Vladislav F. Jodasévich
Necrópolis



HDJ

.

Este libro se terminó de imprimir en Buenos
Aires, en el mes de noviembre de 2017.